

SANTA LEOCADIA, VIRGEN Y MÁRTIR

Día 9 de diciembre

P. Juan Croisset, S.J.

La España ha sido en todos tiempos un campo fértil en grandes santos, y la sangre de los muchos gloriosos mártires con que fue regada desde los primeros siglos de la Iglesia ha aumentado considerablemente su número. Entre tantos héroes cristianos se vio un prodigioso número de doncellitas que, elevándose sobre la delicadeza de su edad y de su sexo por su constancia en la fe, insultaron la barbarie de los más crueles tiranos, y vinieron á ser unos milagros de la gracia. Una de las más célebres entre todas estas vírgenes mártires es Santa Leocadia. Era natural de Toledo, ciudad bien conocida en España; su familia era de las más antiguas y nobles del país; vino al mundo á fines del tercer siglo. Como sus padres eran cristianos, tuvieron cuidado de educarla según los principios y máximas de la religión cristiana. El natural y las inclinaciones de la joven Leocadia abreviaron mucho las lecciones de su educación. Como si sólo hubiera nacido para la piedad, ignoró los entretenimientos más ordinarios de los niños. Prevenida desde la cuna de las más dulces impresiones de la gracia, hizo creer por su conducta que su virtud había prevenido á la edad de la razón; tanta era la cordura, tanto el juicio que manifestaba desde sus más tiernos años. Su principal diversión era la oración; y aunque dotada de un espíritu vivo y desembarazado, de una rara belleza, y de todas aquellas brillantes prendas en que de ordinario fundan su principal mérito las de su sexo, no conoció otras galas sino las que da la virtud; y ninguna cosa tenía atractivo para ella sino el retiro. Su modestia inspiraba veneración

y respeto. Era mirada en Toledo como un prodigio de talento y de santidad; y pasaba hasta en el dictamen de los paganos por la doncella más cabal que había en España.

Vivía Leocadia en su casa como verdadera religiosa, y estaba en esta alta reputación de prudencia y de virtud en toda la ciudad, cuando Daciano, gobernador de la España Tarraconense, fue enviado á Toledo por los emperadores Diocleciano y Maximiano, con orden de valerse de todos los medios imaginables para exterminar el culto del verdadero Dios. Quizá no hubo jamás tirano más cruel ni más bárbaro, ni más enemigo del nombre cristiano. Lo mismo fue llegar á su gobierno, que hacer publicar los edictos de los emperadores contra todos los que profesaban la religión cristiana, y empezar á perseguir á los fieles con furor. No se veían en todas partes sino horcas y cadalsos; no se hablaba sino de crueles tormentos y de ejecuciones; las cárceles estaban llenas de cristianos, y en todas partes; no se presentaban á la vista sino destrozos y una horrorosa carnicería.

Habiendo venido á Toledo Daciano, respirando rabia y furor contra los cristianos, hizo publicar los edictos de los Emperadores, y prohibió, so pena de la vida, adorar á otro dios que á los dioses de los emperadores. Mandó que se hiciese una exacta pesquisa de todos los cristianos, y se diese una lista de ellos. Ejecutóse la orden: Leocadia era demasiado conocida hasta de los paganos, para no tener la gloria de estar puesta á la cabeza de esta lista. El gobernador se informó primero quién era la doncella que hacía profesión de una religión proscrita por los emperadores; le dijeron que era una joven de la primera calidad, cuyos antepasados habían ocupado hasta entonces los primeros empleos del Estado, y que mil bellas cualidades la hacían recomendable, pero que era cristiana; y, como su gran virtud, la pureza de sus

costumbres y su modestia tenían embelesado al público, hacía honor á su religión, y desacreditaba altamente con su ejemplo el culto de los ídolos. Desde luego comprendió Daciano que, si podía convertirla, ninguna cosa adelantaría tanto sus designios como esta conquista; y así mandó que se la trajeran. Apenas oyó Leocadia que la llamaba el gobernador, se dispuso para el martirio. Renovó el voto que había hecho á Dios de su virginidad, y con un nuevo fervor le hizo sacrificio de su vida. Después de lo cual, animada de un valor que sólo Dios puede inspirar, se fue á Palacio, y se presentó al gobernador con una intrepidez verdaderamente cristiana.

Al verla Daciano, quedó prendado y embelesado de su compostura y modestia; se levantó para hacerla este honor, y con un tono dulce, afable y respetuoso la dijo: Estoy informado de la nobleza de tu nacimiento, del mérito de tus abuelos, y de las bellas cualidades de tu persona. Yo mismo veo que, por brillante que sea el retrato que se me ha hecho de ti, es inferior á tu propio mérito. Haré saber á los emperadores el tesoro que se oculta en Toledo; y tú debes esperar ser llamada muy en breve á la corte, en donde harás un papel muy sobresaliente y hallarás bien pronto un partido digno de tu nacimiento. A la verdad, te han querido hacer no muy buenos servicios para conmigo, delatándote como cristiana; pero yo no he querido escuchar la calumnia; tienes sobrado entendimiento, y eres demasiado prudente para dejarte arrastrar de una secta que miran con horror todas las gentes de bien, y que está proscrita en todo el imperio.

Santa Leocadia escuchaba todo este razonamiento sin decir palabra, con los ojos bajos, y sin mostrar en su semblante ni terror ni alteración alguna. Habiendo acabado de hablar Daciano, tomó la palabra nuestra Santa, y con tono de firmeza y de seguridad, sin faltar

jamás á su modestia, le dijo: Señor, estoy muy reconocida á los sentimientos ventajosos que habéis formado de mí, y á la honra que hacéis á mi familia; pero permitidme que os diga que no puedo menos de mirar con dolor la preocupación en que os veo contra los cristianos, y el menosprecio que hacéis de la religión cristiana. Sólo puede no estimarla el que no la conoce; basta ser racional para estar persuadido á que esta religión es la sola verdadera. Esos que llaman dioses del imperio, son unos dioses fabulosos; ¿puede ser hombre cuerdo, puede hacer buen uso del juicio y de la razón el que sólo tiene una idea quimérica de la Divinidad? Sola la religión cristiana nos hace conocer este Ser Supremo, Omnipotente y Eterno; ella nos enseña que la verdadera nobleza no se encuentra sino en el servicio de Dios; y no hay honra igual á la que se tiene en servirle con fidelidad; y por lo que á mí toca, añadió levantando la voz, no reconoceré jamás otro Dios que Este, y pondré toda mi gloria en ser cristiana. Dijo esto la Santa con tanta valentía, modestia y agrado, que toda la asamblea pareció aplaudirla y darle la enhorabuena; al mismo Daciano le agradó una intrepidez tan oportuna; pero, reflexionando que mostrarse blando en favor de los cristianos era desagradar á los emperadores, y que seria cosa vergonzosa para él ceder á las razones de una doncellita cristiana, se trocó en furor toda su admiración, y mirando á la Santa con ojos iracundos le dijo: Anda, vil, esclava: eres indigna de la familia de que has salido. Luego, volviéndose hacia los verdugos que le rodeaban, añadió: Pues esa mujerzuela hace profesión de ser sierva de un galileo, muerto en una cruz, que se la trate como á esclava. Mandó después que la moliesen á palos: ejecutóse la sentencia con crueldad; bien pronto fueron quebrantados sus miembros; su cuerpo delicado, molido á palos, se abrió por todas partes en grietas, y la sangre corría á arroyos de sus heridas. Durante un suplicio tan cruel y tan horroroso, no se le soltó á la Santa el menor

suspiro ni la menor lágrima. Una alegría sobrenatural, derramada sobre su cara, manifestaba los dulces consuelos interiores de que estaba inundado su corazón. Sus ojos estaban fijos en el Cielo, y su boca no se desplegaba sino para dar gracias á Dios por el favor que la hacia de permitirle padecer por su gloria. El tirano, que no quería hacerla expirar á golpes, mandó que fuese llevada á la cárcel y encerrada en un horroroso calabozo, á fin de reservarla para mayores suplicios. Viendo Leocadia deshechos en lágrimas á los cristianos, y movidos á compasión por verla en tan lastimoso estado, los consoló diciéndoles que antes bien debían tenerla envidia, y dar gracias á Dios por el favor que la hacía de dejarla padecer por su divino Esposo Jesucristo.

La Santa, encerrada en el calabozo, alababa día y noche al Señor, y miraba su prisión como una habitación que prefería á los más magníficos y más deliciosos palacios del mundo. Habiéndola dicho los horribles tormentos en que la virgen Eulalia había consumado en Mérida su glorioso martirio, la enterneció tanto esta noticia y la de los suplicios que hacían padecer á los cristianos, y asimismo la de la horrible persecución que se encendía contra los siervos de Dios, de la cual esta primera barbarie no era más que un preludio, que suplicó con instancias al Señor la sacara de una tierra en que el nombre de su divino Esposo iba á estar en execración, y en que se iba á hacer una tan espantosa carnicería en los fieles. Fue oída su suplica, y en el mayor fervor de su oración, habiendo besado tiernamente una cruz que había grabado milagrosamente en una piedra dura con sola la impresión de su dedo, expiró de repente. Esta preciosa muerte sucedió el día 9 de Diciembre del año 303. Algunos afirman que, habiendo sabido nuestra Santa en la cárcel los combates y el triunfo de Santa Eulalia y de los otros mártires, se puso en oración para pedir á Dios la gracia de gozar cuanto antes de su gloria; y que

este deseo de ver á Dios fue tan ardiente, que le entregó su dichoso espíritu entre estos violentos transportes de amor. Su cuerpo fue arrojado al campo por los paganos; pero los cristianos tuvieron cuidado de llevárselo y enterrarlo en un sitio muy cercano. Después se edificó una magnífica iglesia en el paraje donde estuvo sepultada; en cuya iglesia se tuvieron muchos Concilios, y en ella misma sucedió aquel gran milagro que refieren los más antiguos autores.

Estando en oración San Ildefonso, arzobispo de Toledo, ante el sepulcro de esta Santa, en presencia del rey Recesvinto y de toda la corte, se quitó por sí misma la losa que cubría el sepulcro, que era de una enorme grandeza. Santa Leocadia salió del sepulcro cubierta con un gran velo, y, encarándose con el santo arzobispo, le dijo: «Eres dichoso, Ildefonso, en tener una tan viva y tierna devoción á la santísima Virgen, y por haber defendido con tanto valor contra sus enemigos su gloria y sus insignes prerrogativas; continúa, ilustre devoto de María, honrando y haciendo que los demás honren á nuestra común Reina. Os aseguro que lo debéis esperar todo de su poder y de su bondad». Habiendo dicho esto se volvió Santa Leocadia á su sepultura, dejando á todos los asistentes con un santo temor y una respetuosa admiración, que se asemejaban á un dulce éxtasis. Durante esta milagrosa aparición, habiendo San Ildefonso tomado en su mano la punta del velo de la Santa, cortó un pedazo de él con el cuchillo que el Rey llevaba á la cintura, cuya preciosa reliquia se conserva todavía en el sagrario de la santa iglesia de Toledo.

Hay en esta ciudad tres magníficas iglesias consagradas bajo el nombre de Santa Leocadia: una, en el sitio en que nació; otra, donde estuvo en la cárcel, y la tercera, donde estuvo sepultada. Esta última fue edificada por la piedad y liberalidad del rey Sisebuto.

Habiéndose apoderado de España los sarracenos, fueron transportadas las reliquias de Santa Leocadia al monasterio de Gisleno, en la provincia de Henao, de donde la reina Doña Juana, hija de los Reyes Católicos, y casada con el príncipe D. Felipe, señor de los Estados de Flandes, hizo llevar á Toledo la canilla de la pierna derecha el año 1505, y después Felipe II, rey de España, su nieto, hizo llevar todo el cuerpo á Toledo el año 1587, el que fue colocado en la iglesia catedral con gran pompa y magnificencia. La mayor parte de los Concilios de Toledo se han celebrado en una de las iglesias de Santa Leocadia, señal de la gran veneración en que en todos tiempos ha estado esta gran Santa. La iglesia de Toledo celebra la traslación del cuerpo de Santa Leocadia el 26 de Abril.

La Misa es en honor de Santa Leocadia , y la oración la que sigue:

Señor, os pedimos que seamos ayudados por los ruegos y méritos de la bienaventurada Leocadia, vuestra virgen y mártir, para que seamos librados de la cárcel eterna por el patrocinio de la que por confesar vuestro nombre sufrió la cárcel y la muerte. Por nuestro Señor...

La Epístola es del cap. 51 del libro de la Sabiduría.

REFLEXIONES

Alabaré sin cesar vuestro nombre. Tal debe ser el lenguaje de todos los cristianos; pero ¿pueden todos tener este lenguaje? Y si hablaran así, ¿no los desmentiría su conducta? ¿Se alaba al Señor en esas concurrencias de mundo y de placeres, en esos espectáculos profanos en donde todo conspira á seducir

el alma y afeminarla; en donde el corazón, gobernándose por los oídos y por los ojos, se aficiona y se tira á todo lo que le agrada, y en donde la razón, suspensa entre tantos encantos, calla y enmudece? La religión ¿es atendida, es oída entre un grande estruendo de placeres? Sólo gusta lo que lisonjea los sentidos; y entre tantos objetos tan capaces de agradar, y que en efecto agradan, ¿será el alma señora de sus deseos? Los espectáculos profanos, hablando en propiedad, no son otra cosa que una sabia escuela de todas las pasiones. En ellos se dan á las claras, y con feliz suceso, lecciones públicas de galanteo, de engaño, de venganza, de ambición; en ellos se aprende cómo se ha de conducir con habilidad un enredo amoroso, cómo se ha de deslumbrar la escrupulosa vigilancia de los padres, cómo se ha de sorprender la buena fe por medio de ardidés; allí se aprende á no poner jamás en vano lazos á la inocencia, á vengarse á golpe seguro de un enemigo, á fabricar la fortuna sobre las ruinas de la fortuna ajena, y todo esto con habilidad y con destreza; y, como todas son lecciones lisonjeras, y á las cuales los autores dan un maravilloso relieve, ¿qué progreso no hará una pasión viva y ardiente, insinuada con tanto artificio, en un corazón donde encuentra ya tan bellas disposiciones? Todo lo que se ve, todo lo que se oye en el teatro, son tiros que se hacen á los sentidos y á alguna pasión; galas, mutaciones, canciones, armonía, concurso, todo tiento; y, á fuerza de gustar lo que encanta, se encuentra cierto embeleso en los mismos lazos, se halla gusto en ser tentado, gusta ser movido, ser ganado y rendido. Por ventura ¿enseña el teatro otras lecciones? ¿Se va al teatro á aprender otra moral? Ciertamente, á no ser que se quieran ahogar hasta los primeros principios de la razón y de la religión, ¿con qué artificio se puede concordar el Evangelio con los espectáculos?

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo.

MEDITACIÓN

De la lectura espiritual.

PUNTO PRIMERO.—Consideremos que en la oración hablamos á Dios, y en la lectura espiritual es Dios quien nos habla y nos dice lo que leemos. Por los libros de piedad nos instruye el Señor, y nos da á entender lo que quiere de nosotros: por medio de ellos nos descubre los ardides más sutiles del enemigo, y nos enseña á evitarlos. Estas lecturas saludables son un espejo en que el Señor nos pone á la vista las enfermedades más ocultas del alma, mostrándonos al mismo tiempo los remedios eficaces para curarlas. Por estas piadosas lecturas nos habla el Espíritu Santo al corazón, nos descubre nuestras imperfecciones, y nos desenvuelve todos los misterios de iniquidad del amor propio: en ellas aprendemos á conocer el valor, el mérito y las dulzuras de la virtud, los efectos funestos del pecado, los caminos de Dios, y el arte de llegar á una santidad perfecta. La lectura espiritual es propiamente donde aprendemos la ciencia de los santos. Los libros de piedad, dice San Agustín, son como unas cartas que nos vienen de nuestra Patria Celestial. Los libros devotos son como un espejo que debemos poner delante de los ojos de nuestra alma para ver en él nuestro interior: en ellos nos es fácil conocer todas las manchas y todos los defectos que hay en él. Considera cuánto puede ayudarte la lectura espiritual para obrar tu salvación.

PUNTO SEGUNDO.—Considera qué fruto no puedes sacar de la lectura de la vida de los santos, por ejemplo, si la haces con un corazón dócil, por un motivo puro, con un verdadero deseo de aprovecharte. Unas veces nos cuentan los hechos admirables de los santos, á fin de excitarnos á imitarlos, y para que la vista de sus combates, de sus victorias y sus triunfos confunda nuestra

cobardía y sostenga nuestro aliento. Otras veces nos hablan de sus tentaciones, de sus imperfecciones, y también de sus caídas, para animar nuestra confianza en Dios y avivar nuestra esperanza, nuestra fe y nuestro celo. En ellos vemos unas personas como nosotros, sujetas á las mismas pasiones, acometidas de los mismos enemigos, envueltas en los mismos embarazos, de la misma condición, del mismo estado, del mismo sexo y de la misma edad; las cuales, más generosas, más fieles y más determinadas que nosotros, vencieron, con la gracia del Señor y con el socorro de las mismas armas que tenemos nosotros, á esos enemigos, superaron esos obstáculos, domaron sus pasiones, mortificaron sus sentidos, practicaron la virtud y llegaron, por último, á la más sublime perfección.

Ya conozco. Señor, lo mucho que he perdido, menospreciando un medio tan fácil y tan á propósito para ser virtuoso. Haced, Dios mío, que desde hoy no me sea inútil un socorro tan poderoso, del cual propongo servirme en adelante.

JACULATORIAS

Yo, Señor, de hoy en adelante tendré más gusto en leer vuestras, instrucciones que en probar la más dulce miel.—Ps. 138.

Espero, Dios mío, que las reflexiones que haré leyendo los libros de piedad abrasarán mi corazón en el fuego de vuestro amor.— Ps. 38.

PROPÓSITOS

1. Nada es más útil que la lectura espiritual; pero, para que sea provechosa, es menester leerla, no de corrido, y como quien lee una cosa por pura diversión,

sino despacio y con suma aplicación. Cuando leas, no tanto has de buscar el aprender las cosas de Dios, cuanto el gustar de ellas. Lee poco, pero bien; quiero decir, procura penetrar lo que el Espíritu Santo te dice por medio de la lectura. No hagas estudio de la lectura: tómala como una lección que Dios te da...

2. Destina cada día algún rato determinado para tener tu lectura espiritual, y nunca te dispenses en este particular. Levanta tu espíritu á Dios para pedirle sus luces al empezar á leer, y acaba la lectura por estas palabras: Haced, Dios mío, que sean eficaces los buenos efectos que acabáis de inspirarme. Leed todos los días un capítulo del libro de la *Imitación de Jesucristo*; la *Introducción á la vida devota*, por San Francisco de Sales; la *Guía de pecadores*, por Fr. Luis de Granada; el *Conocimiento y el amor de nuestro Señor Jesucristo*, por San Jure; la *Práctica de la perfección cristiana*, por el P. Rodríguez, etc.